

Tiempo y experiencia para la productividad: dos variables imprescindibles de la administración

Carlos Hernán Pérez Gómez*

Recibido: octubre de 2007. Aceptado: noviembre de 2007.

RESUMEN

Desde que el ingeniero estadounidense Frederick Winslow Taylor se preocupó por la productividad empresarial mediante un conjunto de estudios de la producción tipificado con investigaciones rigurosas en las fábricas, cuando finalizaba la centuria dieciochesca y en los albores de la decimonónica, se buscó la mejor forma de hacer el trabajo con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas y el crecimiento y desarrollo empresarial, pero considerando como instrumento fundamental el tiempo, variable sobre la cual va a trabajar el investigador en ejercicio de sus funciones administrativas, como una de las fundamentales de las funciones sobre las cuales debió, debe y deberá actuar el administrador de todos los momentos históricos y futuros en términos de pensamiento interior y colectivo empresarial, ya que es en función del tiempo que laboran los gerentes, los administradores y los empresarios. En el artículo se da la intervención del profesor Reinhart Koselleck, quien enfatiza en la importancia del tiempo que, como variable, cumple la función de contribuir a tipificar la productividad mediante la eficiencia y la eficacia tanto de la gestión administrativa de los directivos empresariales con participación de sujetos que actúan en una colectividad empresarial.

Palabras clave: Taylor, Koselleck, Elias, tiempo, empresa, productividad, optimización, administración, dirección.

ABSTRACT

Ever since the North American engineer Frederick Winslow Taylor worried about the enterprise productivity by means of a set of materialized studies of the production with rigorous investigations in you make them, finalizing the dieciochesca century and in the dawn of the decimonónica, the best form looked for to make the work with the purpose of improving the

* Doctor en Ciencias de la Educación. © RUDECOLOMBIA. Profesor de la Facultad de Administración. Universidad del Rosario, Colombia.

quality of life of the people and the growth and enterprise development but considering like fundamental instrument the time, variable on which is going to work the investigator in exercise of its administrative functions, like one of the fundamental ones of the functions on which it had, it must and it will have act the administrator of all the historical and future moments in terms of inner and collective thought enterprise, since it is based on the time that toils the managers, administrators and industrialists for the sake of improving the company on which it has responsibility to act in use of the functions that are to him own like main protagonist. The article gives the intervention of Professor Reinhart Koselleck, who emphasizes the importance of the time, as a variable, it serves as a contribution to defining productivity through efficiency and effectiveness of both the administrative management of business leaders with participation subjects acting in a business community.

Key words: Taylor, Koselleck, Elias, time, company, productivity, optimization, administration, direction.

INTRODUCCIÓN

La reflexión que se presenta en este escrito se fundamenta principalmente en el artículo de Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos y conceptos de historia” (2004) y en el libro *Futuro pasado* (1979). Así mismo, se consideró para el complemento del escrito la obra clásica de Frederick Winslow Taylor (1969), *Principios de administración científica*. Por otro lado, para fundamentar las afirmaciones aquí expuestas se acudió a otros autores, abordados con el fin de complementar el diálogo de autores que sobre los temas de tiempo y experiencia contribuyen de manera significativa a la interpretación tanto de la administración como de la historia.

En *Historia de los conceptos y conceptos de historia*, Koselleck (2004) principalmente se refiere a los ciclos

que se dan a través de la historia, aun cuando debe reconocerse que los eventos se dan con diversos cambios ante la evolución de la sociedad. Incluye para el análisis el concepto de *larga duración* y recurre a Fernand Braudel, lo cual permite al lector comprender su propuesta en los siguientes términos:

En historia es un lugar común afirmar que algunas cosas cambian rápidamente, mientras que otras se transforman más despacio y muchas cosas permanecen inalterables. Esta última es la estructura repetitiva de la denominada *longue durée* de Fernand Braudel. Pero, temporalmente hablando, la *longue durée* no se refiere a una línea estática de acontecimientos idénticos, sino a la permanencia de las mismas condiciones referidas a acontecimientos diferentes. (Koselleck, 2004: 29)

Al abordar el autor la palabra como fundamento de la historia conceptual, a través de la comunicación, ella (la palabra) asume las formas de lenguaje de carácter activo y receptivo; pero, sobre todo, al dar la relevancia que merece el significado de las palabras, se acude a los conceptos de diacronía y sincronía: con los cuales se dan cambios de circunstancias aunque los significados de las palabras prevalezcan constantes y la realidad aprendida por las palabras y su prevalecer sigan también al parecer constantes. Finalmente, el significado de las palabras en la sociedad es desarrollado en forma separada y su correspondencia no puede mantenerse todo el tiempo. Por lo tanto, afirma el autor: “Sólo a través de los métodos de la historia conceptual es posible entonces reconstruir qué realidades solían corresponderse con qué conceptos” (Koselleck, 2004: 31).

En lo que respecta a la experiencia, es conveniente destacar que no obstante lo afirmado en el párrafo que precede, manifiesta el profesor Koselleck que los actos humanos son objeto de repetición en la medida en que los fenómenos no se modifiquen, porque la sociedad es objeto de evolución cuando se producen rupturas políticas sociales o mentales o descubrimientos decisivos. Para entender lo afirmado, se puede acudir a lo expresado por el autor cuando explica el fascismo y la re-

volución, que se pueden entender el primero como una fase avanzada del capitalismo, y la segunda, para entender históricamente un cambio social opuesto, concepto que inicialmente se entendió como secuencia repetitiva o de carácter periódico, y que con el tiempo se comprendió como un proceso creciente de violencia que siguió presentándose de forma continua y brutal mediante las continuas guerras.

De igual manera, respecto del concepto de Estado, Koselleck expone con gran precisión la evolución del término desde cuando pasó de un concepto estático de posición social o estamento, rango, clase, honor, cargo, a una definición de carácter dinámico, relacionada con el sometimiento de carácter monárquico; luego pasó a ser igualdad ante la ley, y así se convirtió en un concepto eminentemente político y social. De tal manera, el autor se refiere a la evolución histórica de los conceptos dentro de la sociedad. De aquí que el autor concluya sobre el lenguaje que:

El significado y el uso de una palabra nunca establecen una relación de correspondencia exacta con lo que llamamos la realidad. Ambos conceptos y realidades, tienen sus propias historias que, aunque relacionadas entre sí, se transforman de diversas maneras. Ante todo, los conceptos y la realidad cambian a diferentes ritmos,

de modo que a veces nuestra capacidad de conceptualizar la realidad (die Begrifflichkeit der Wirklichkeit) deja al lado la realidad conceptualizable (die Wirklichkeit der Begrifflichkeit). (Koselleck, 2004: 36)

De esta manera, si Koselleck ve la experiencia como un concepto que hace parte de un colectivo social que se va adquiriendo a través de la temporalización, Taylor también encuentra un gran soporte en ella para mejorar el trabajo en las organizaciones empresariales. Esto es, refiriéndose al concepto de especialización, Taylor —después de muchas investigaciones dentro de las empresas— afirma que en la medida en que las personas se dediquen a desarrollar funciones específicas, van a mejorar el uso del tiempo y así van a lograr cada vez hacer el trabajo con mayor precisión y en menos tiempo. No obstante, en el proceso debe reconocerse el papel que desempeña la experiencia del empleado en el área funcional. Esta afirmación se sustenta en lo que manifiesta Taylor:

En un establecimiento industrial que emplea, digamos, de 500 a 1.000 obreros, existen en muchos casos de 20 a 30 oficios diferentes. Los obreros de cada una de esas especialidades han aprendido su oficio por una tradición continua, desde los años lejanos en que su taller ha sido fundado y dirigido por el antiguo obrero que desempeña todas las tareas, hasta el

estado actual de la grande y creciente subdivisión del trabajo, en que cada obrero se especializa en un trabajo parcial determinado.

El espíritu de inventiva de cada generación ha desarrollado en cada oficio métodos mejores y más rápidos [optimización del tiempo] para hacer cada elemento de trabajo. Así, puede decirse, en un sentido amplio, que los métodos que se usan en la actualidad son el resultado de una evolución que representa la supervivencia de las más adecuadas y mejores ideas aplicadas en cada oficio. No obstante, esta verdad no es más que aparente: los que conocen íntimamente un oficio saben perfectamente que lo que menos se encuentra es la uniformidad en los métodos usados. (Taylor, 1969: 25-26)

Así, la experiencia individual es fundamental para el proceso de aprendizaje, y esta se logra usando las prácticas profesionales para desempeñar las funciones propias del cargo que debe ejercer en la empresa a la cual una persona ha cedido su fuerza de trabajo (como se admitiría en términos marxistas). De esta forma van a coincidir entonces Koselleck y Taylor sobre los actos de la planeación, porque todos tienen o tenemos diversas formas de hacer los trabajos y adquirir las propias experiencias para el mejor desempeño.

Desde la primera Revolución Industrial, los relojes (como instrumentos de medida del tiempo para la productividad) y, más tarde, los estudios de tiempos y movimientos se convirtieron en un lenguaje común para valorar tanto la experiencia como para optimizar las funciones operativas de los sujetos en las empresas, en especial en el área de producción. Esta, donde las empresas se dedicaron inicialmente con gran ímpetu a atender la demanda insatisfecha y de crecimiento inesperado de los mercados.

No es difícil comprender el porqué de las preocupaciones de Taylor, inmerso en las empresas después de haber cursado o estar cursando estudios de derecho. A partir de esta actividad infirió los postulados (principios) fundamentales de la administración, sobre los cuales los teóricos de la administración no han profundizado, a fin de declarar su validez o no en ejercicio de la gerencia o la administración.

Por el contrario, parece observarse cómo una “unión de profanos que son legión” se dedica a especular de manera infundada sobre las propuestas de Taylor, sin estudiarlas. Incluso diversos escritos llegan a referirse peyorativamente acerca de las propuestas de Taylor sin dejar nuevas propuestas que permitan concluir si en realidad son inválidas. Es más, caen en un cúmulo de afirmaciones

anacrónicas, cuando no de especulaciones que sólo demuestran de manera categórica la vigencia de las propuestas tayloristas, publicadas en el inicio de los años veinte.

Visto el panorama, es conveniente y saludable retomar a Taylor, no para criticarlo por caprichos de modernos o posmodernos, sino porque la experiencia como instrumento de productividad es también considerada por Taylor:

Y una ligera reflexión permite asegurar que en todas las épocas habrá sucedido lo mismo, ya que los métodos se han transmitido verbalmente de hombre a hombre, o, en la mayoría de los casos, han sido casi inconscientemente aprendidos a través de la observación personal. Prácticamente en ningún caso han sido codificados, o analizados o descritos sistemáticamente. Es cierto que cada generación ha transmitido a la siguiente métodos mejores que los que ella había recibido y que eran el fruto de la inventiva y la experiencia. (Taylor, 1969: 26)

La observación personal, la experiencia, la práctica, la rutina, la especialización condujo a Taylor a fundamentar la tasa óptima de productividad como una de sus principales propuestas para ayudar a directivos y empresarios en la gestión administrativa. En la actualidad, esta propuesta sigue cobrando vigencia en el ejercicio de la administración;

por esto algunos están reafirmando la importancia de interpretar a Taylor mediante la reedición de sus obras. Cien años después de publicada su gran obra, autores de reconocida credibilidad en los campos económico y administrativo lo siguen valorando como uno de los investigadores pioneros de la productividad de las empresas de los diversos sectores de la economía:

Se han escrito varios artículos describiendo los recursos aplicados y las experiencias realizadas bajo la administración científica y las etapas seguidas durante la transformación del antiguo al moderno sistema de administración. Pero desgraciadamente, la mayoría de los lectores de estos artículos han confundido el mecanismo con la verdadera esencia del sistema. La administración científica consiste fundamentalmente en ciertos principios generales amplios, una cierta filosofía que puede ser aplicada en muchas formas; y cualquier descripción de lo que un individuo o conjunto de individuos considera como el mejor mecanismo para aplicar estos principios generales, no debiera de ninguna manera ser confundida con los principios mismos. No pretendemos dar ninguna panacea universal para conjurar todas las dificultades que surgen entre la clase obrera y los patronos. (Taylor, 1969: 24)

En cuanto a la experiencia, se puede acudir a una de las obras del profe-

sor Norbert Elias, quien parte del proceso de aprendizaje del hombre, que lo conduce al saber del mismo. Así lo deja en claro cuando afirma: “Sea cual fuere la aportación innovadora, el individuo se apoya en un saber ya existente y lo prolonga; no otra cosa sucede en el saber sobre el tiempo” (Elias, 1997: 15). En este sentido, existe también una plena coincidencia en relación con la unión del tiempo y la experiencia, tanto con Taylor como con Koselleck.

Pero ¿en qué difieren los autores que intervienen en este debate? Realmente en que Taylor no va a considerar respecto del tiempo social la situación de los autores Koselleck y Elias, ya que Taylor ve el tiempo como factor económico —lo cual no riñe con factores de carácter social—; es decir, como un recurso de producción que debe optimizarse con el fin de mejorar la productividad de las organizaciones.

En términos marxistas, tal productividad se va a reflejar en los resultados económicos, fruto del sometimiento de la clase trabajadora a la clase empleadora, que ejerce el poder y la autoridad dentro de sus propios intereses y que en ocasiones entrega una mínima porción a los que realmente ejecutan las funciones en las organizaciones. Sin embargo, los avances tecnológicos ilusionaron a los empleados, al aparentar facilitarles el proceso de ejecución del trabajo, lo

cual en principio se dio, pero con el transcurrir del tiempo y la experiencia de los empleadores se tornó en contra de los trabajadores, cuando se llegó al extremo de deshumanizar el proceso administrativo y se exigió, entre otros factores, jornadas laborales extensas y extremas. Debe quedar claro que esta no era en manera alguna una propuesta de Taylor.

Sobre el particular, otro de los grandes autores de la historia social, como lo es Edgard Thompson, se refirió a la revolución industrial como un proceso histórico que se ha presentado en algunos casos de manera incompleta, ya que se ha olvidado los extremos en los cuales incurrieron los empleadores, en detrimento de los trabajadores, en su afán de incrementar la productividad con el eficiente uso del tiempo.

Thompson también se refirió al proceso de revolución industrial y su relación con la infancia, al sostener que los niños fueron utilizados como mano de obra entrenada, pues desde el hogar se les inculcaba el trabajo. Por lo tanto, a los diez u once años de edad eran utilizados en los telares y en las fábricas. Todo ello fue fruto de la ruptura familiar, del fracaso del humanismo de finales del siglo XVIII y del clima de conflictos bélicos, que fomentó los dogmatismos de los patrones.

No obstante lo anterior, genera gran asombro que los sujetos sociales hayan convertido las máquinas en ordenadoras y organizadoras de la vida de los obreros, porque determinaron la disciplina, las jornadas de trabajo, el ambiente laboral, la velocidad de la acción, lo cual explica la crueldad de que eran objeto los trabajadores de la revolución industrial, que también fue origen de las luchas de los trabajadores ante la desigualdad social que encarnaba el sistema. Esto tampoco fue propuesta de Taylor. No pueden endilgársele a este investigador los sucesos históricos ocurridos bajo la responsabilidad de los actores administrativos o empresariales. Claramente, se detecta en la obra de Thompson la plusvalía, cuando recurriendo al T. Cooper, en uno de sus apartes afirma:

“Detesto el sistema fabril”, declaraba su compañero jacobino, Thomas Cooper, que había sufrido las primeras etapas de la Revolución Industrial en Lancashire: “En este sistema se debe convertir a una gran proporción de la población en meras máquinas ignorantes, viciosas y brutales, para que el excedente de sus 12 o 14 horas de trabajo diarias pueda ir a parar a los bolsillos y suministrar los lujos de los ricos, capitalistas comerciales y fabricantes. (Thompson, 1989: 381)

Todo lo anterior condujo a que se plantearan serios cuestionamientos y que se propusieran movimientos so-

ciales y obreros en contra de los propietarios de fábricas, para reclamar sus derechos. Los metodistas, sin embargo, justificaban aún el trabajo infantil, lo cual "... fue uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia" (Thompson, 1989: 387).

El efecto fue la división de clases, que imperó aún más en la Revolución Industrial, donde los patronos se vieron como virtuosos por contribuir con las fábricas a la mejora de la calidad de vida y el carácter moral de las personas. Así mismo, se dieron y fomentaron diferencias marcadas de género y de padres a hijos, con fundamento en la vida y el trabajo.

En cuanto a los rituales de solidaridad, Thompson presenta a las sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*, que fueron fundamentadas en disciplina y objetivos comunitarios, los cuales contaban con normas de comportamiento con el fin de propender por la decencia y la regularidad. Así se vio representada la sociedad a través del Código del Artesano, lo cual no garantizó la sensatez de las autoridades de las ciudades.

Ahora bien, para que se acataran con severidad las normas de las uniones, se imponían sanciones a los trabajadores, que llegaron a ser en algunos casos más gravosas que las de los patronos. Se observó de esta manera una forma discriminatoria de comportamiento social, en detrimento

de los trabajadores agremiados, pero con el fin de mantener una sociedad firme, duradera y amistosa, pues el hombre no se pertenecía a sí mismo, sino a un cuerpo social para el cual se forma. De esta manera, se constituyó una conciencia de la clase obrera tal y como el autor escribe:

Su lenguaje del "hombre social" también encaminó el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Unía el lenguaje de caridad cristiana y la metáfora latente de la "hermandad" en la tradición metódica (y morava), con la afirmación social del socialismo owenita. Muchas de las primeras sociedades y cooperativas de consumo owenitas prolongaban sus reglamentos con la siguiente cita de (Isaías XLI, 6): "Uno a otro se ayudan, uno a otro se dicen ¡Ánimo!". (Thompson, 1989: 470)

Con razón P. F. Drucker llegó a reconocer que el único capaz de derrotar a C. Marx fue el ingeniero estadounidense, cuando a través de su obra reflejó claramente un espíritu del capitalismo afianzado en las relaciones dadas dentro de las organizaciones entre empleadores y trabajadores, pues de lograr productividad, esta ha de contribuir de manera significativa en atender los intereses tanto de los empleadores como de los trabajadores.

Sobre los irlandeses, Thompson expresa que ellos fueron destinados

para el trabajo sucio que no realizaban los ingleses, trabajo que no gustaba realizar a los primeros, lo cual no contribuyó a que fueran lo suficientemente sumisos y dificultó el hacer cumplir las órdenes en las fábricas. Los irlandeses fueron muy unidos aun cuando se pelearon entre sí.

Finalmente, sobre las miríadas de la eternidad, el autor se manifiesta en el sentido de presentar los valores que tenían aquellos quienes vivieron en la Revolución Industrial, comparando los métodos de producción antiguos y los nuevos, que tipificaron una forma de sociedad con sus características propias.

Thompson cuestiona la tradicional forma de ver la Revolución Industrial, ya que durante el proceso en la población británica se observó un pauperismo, a pesar de verse una pequeña mejora de las condiciones de vida. A través de su obra, Thompson expone de manera clara que el proceso de la Revolución Industrial no fue como la mostraron otros historiadores. Para el efecto escribe:

El proceso de industrialización es necesariamente doloroso. Supone la erosión de los modelos de vida tradicionales. No fue mitigado por sentido alguno de participación nacional en un esfuerzo común, como ocurrió en los países que experimentaron una revolución nacional. La ideología

predominante fue sólo la de los patronos. (Thompson, 1989: 495)

SOBRE EL TIEMPO

El concepto de tiempo de los jefes de las empresas o de sus áreas funcionales se puede entender al analizar la propuesta de Taylor, quien escribe al respecto:

Las relaciones que existen entre patronos y empleados bajo casi todos los sistemas comunes de administración, es [sic] imposible explicarla con pocas palabras a uno que no esté familiarizado con este problema, porque la ignorancia de los patronos respecto del tiempo correcto en que debe hacerse tal o cual trabajo favorece la tendencia del obrero a la “simulación del trabajo”. (Taylor, 1969: 17)

El tiempo como factor de productividad se presenta cuando se hacen las tareas apropiadas y sin incluirles labores adicionales, que desgastan energía en los sujetos y demoran la realización de las actividades en las empresas, tal y como Taylor lo deja claro en la exposición de su obra, de la manera siguiente:

El enorme ahorro de tiempo y, por lo tanto, el aumento en la producción que se obtienen mediante la eliminación de los movimientos innecesarios y la sustitución de los movimientos lentos e innecesarios por movimien-

tos rápidos, solamente pueden ser plenamente comprendidos después que uno ha visto personalmente la mejora que resulta de un estudio completo del movimiento y el tiempo realizado por un hombre competente. (Taylor, 1969: 21)

Por lo anterior, Taylor ve el uso del tiempo como un recurso que permite o contribuye al mejoramiento de las tareas de los empleados, con el fin de incrementar las utilidades de las organizaciones mediante el correcto uso de los recursos con los cuales cuenta cada persona para desempeñar las funciones que les son asignadas. Esto se infiere de lo que afirma el autor en los siguientes términos:

Ahora bien: entre los diversos métodos y herramientas más rápidos y mejores que los demás. Y este mejor método y esa mejor herramienta sólo pueden ser descubiertos y perfeccionados a través de un estudio y análisis científicos de todos los métodos y herramientas en uso, juntamente con un estudio exacto de los detalles, de los métodos y del tiempo. Esto implica el reemplazo gradual de los métodos científicos en todas las partes mecánicas. (Taylor, 1969: 22)

Taylor se refiere a la unión del tiempo y la experiencia como factores objeto de investigación en las organizaciones empresariales, así como a los fundamentos necesarios para el ejercicio de la planeación, como

función relevante dentro de la proyección administrativa:

El trabajo de cada obrero es preparado enteramente por la administración, con un día de anticipación por lo menos, y cada obrero recibe en la mayoría de los casos instrucciones escritas completas describiendo en detalle la tarea que debe realizar, como asimismo los procedimientos que habrán de ser usados al efectuar el trabajo. El trabajo así preparado con anticipación constituye una tarea que el obrero no cumple por sí solo, puesto que en la mayoría de los casos representa el esfuerzo común de este y de la administración. En esta forma, no sólo se especifica lo que ha de hacerse, sino también cómo debe hacerse y el tiempo exacto concedido para realizarlo. (Taylor, 1969: 30-31)

Por otra parte, es conveniente rescatar lo que Koselleck refiere en su propuesta sobre el concepto de la historia en términos de investigación. Empieza por establecer la diferencia entre historiografía socioeconómica y crítico-literaria, pero afirma que son conceptos que deben ser incluyentes. Reconoce, así mismo, que el autor no debe asumir sesgo alguno en el proceso investigativo, fundamentado en intereses particulares, ya que el conocimiento al cual llegue una vez agotado el proceso estará contaminado por sus propios intereses.

Esto es fundamental para la historiografía, ya que el autor expone en términos de tiempo el proceso de investigación, en especial en lo que tiene que ver con el pasado y el futuro, de tal manera que el contraste de sus hipótesis es básico en todo el proceso de investigación. Adicionalmente, y este es uno de los grandes aportes de Koselleck a las propuestas de Taylor, debe tener en mente que va a referirse en términos de pasado y futuro en relación con la experiencia que va a modificar. Por lo tanto, sobre el particular el autor escribe:

En todos los casos se pregunta cómo en cada momento presente las dimensiones temporales del pasado y del futuro se remiten las unas a las otras. La hipótesis es que en la determinación de la diferencia entre pasado y el futuro o, dicho antropológicamente, entre experiencia y expectativa se puede concebir algo así como el “tiempo histórico”. Ahora bien, ciertamente pertenece al hecho de que el hombre esté biológicamente condicionado, el que, con la edad se modifique también la relación entre experiencia y expectativa, ya sea porque aquella crezca y ésta disminuya, ya sea porque la una compense a la otra, ya sea porque los horizontes extrabiográficos se abran de forma intra o extra-mundana, ayudando a relativizar el tiempo final de una vida personal. Pero también en el transcurso de generaciones históricas se ha modificado, obviamente,

la relación entre pasado y futuro. (Koselleck, 1979: 15-16)

Por lo tanto, el pasado y el presente van a ser un par de nociones que en cierta medida ayudan a comprender el concepto de modernidad, mediante un proceso en el cual un tiempo futuro, cada vez con lapsos futuros más rápidos, es el fruto del experimentar el tiempo como siempre nuevo. De aquí que se pueda resaltar el concepto moderno de historia, pero de historia experimentada. Con esta idea (es decir, de tiempo nuevo) surge el concepto colectivo de historia, el cual, según Koselleck, fue “acuñado en el siglo XVIII”:

Aquí tiene una significación preferente el concepto colectivo de “historia” —acuñado en el siglo XVIII—. Se demostrará, especialmente respecto a él, que determinadas posiciones y modos de asimilar la experiencia aparecen sobre todo con la historia experimentada como un tiempo nuevo. Nuestro moderno concepto de historia es un resultado de la reflexión ilustrada sobre la creciente complejidad de la “historia en general”, reflexión en la que las condiciones de la experiencia se susstraen progresivamente a esa misma experiencia. Esto es válido tanto para la historia del mundo entendida espacialmente y que ya está contenida en el concepto moderno de “historia en general” como para la perspectiva temporal en la que el pasado y el fu-

turo tienen que coordinarse siempre mutuamente desde ella. La categoría de la temporalización apunta a esta última tesis. (Koselleck, 1979: 16)

Con el diseño de una tasa óptima de productividad como primer principio de Taylor, con una economía de escala o como mejoramiento de la calidad de bienestar de empresas, empresarios, empleadores y trabajadores, ¿dónde entra a ejercer su papel la planeación? Ante todo, se tiene que aclarar que la propuesta de Taylor fue malinterpretada por parte de los dirigentes empresariales, ya que la tasa óptima de productividad en función del tiempo llevó a la baja de productividad de las empresas, amén del antagonismo de clases que se da como consecuencia lógica de jornadas laborales extremas, sin tiempos de descanso.

También se puede afirmar que la propuesta de Koselleck facilita entender la historia del concepto de *la historia*, porque cambió a través del tiempo en términos lingüísticos. El concepto que se formó finalizando la centuria dieciochesca no incluyó una historia que considerara a la humanidad como sujeto.

Se presentaron estudios históricos excluyentes para colocarlos como ejemplos dentro de los procesos de enseñanza-aprendizaje, sobre todo de la filosofía y el derecho. Con el tiempo esta historia plural se constituyó en forma singular sin sujeto.

La filosofía de la Ilustración permitió que la historia se entendiera como concepto general, como condición de experiencia y con expectativas posibles:

... no había ninguna historia cuyo sujeto hubiese sido la humanidad o una historia que se pudiese pensar como sujeto de sí misma. Anteriormente [finales del siglo XVIII] había historias, en plural, muchas clases de historias que acontecían y que podían servir como ejemplos para la enseñanza de la moral, de la teología, para el derecho y en la filosofía. Sí, la historia era como expresión misma, una forma plural. En 1748 se dijo una vez: *la historia es un espejo de la virtud y del vicio, en la que por medio de la experiencia ajena se puede aprender lo que se debe hacer y omitir*. A través de reflexiones reanudadas una y otra vez, se conformó esta forma plural en un singular sin objeto. Un resultado conceptual de la filosofía de la Ilustración fue que la historia se concentrase sencillamente en un concepto general que se fijó como condición de una experiencia y una expectativa posibles. Sólo desde aproximadamente 1780 se puede hablar de que hay una “historia en general”, una “historia en y para sí” y una “historia absoluta” y como se llame a todas las explicaciones que debían desplazar el nuevo concepto (que se remite a sí mismo) de las historias tradicionales en plural. (Koselleck, 1979: 253-254)

En la Antigüedad, el concepto de historia estuvo siempre de la mano de la concepción teocrática que veía en el futuro el advenimiento del juicio final, que se cuestionó en el siglo XVIII con la propuesta de Kant, en la cual expuso que en términos de la razón, que no conoce límites para los proyectos, el hombre opta por caminos de progreso ilimitados. De tal manera que Kant y luego Weishaupt magnificaron la historia, lo cual se observa en la obra de Koselleck, cuando al referirse a este último sostiene:

Weishaupt da un paso adelante en el camino hacia la factibilidad de la historia, pues es el primero que intenta trasladar la facultad de previsión, la capacidad de hacer pronósticos lejanos, a las máximas políticas de acción que obtienen su legitimación de la historia en general. La profesión más importante que existe, dice, pero que aún no se ha impuesto, es la de filósofo e historiador, es decir, filósofo planificador de la historia.

La simple conversión de la buena voluntad en acción no es todavía suficiente para justificar un futuro deseado y, menos aún, para alcanzarlo. Por eso Weishaupt produjo —y en esto se adelantó pero no se quedó solo— una filosofía de la historia voluntarista... La historia futura cuyo resultado se prevé, sirve así de exoneración —la voluntad propia se hace ejecutora del acontecer transpersonal— y de

legitimación, al procurar una buena conciencia para actuar. En rigor, una historia construida de ese modo se convierte en un refuerzo de la voluntad de procurar el futuro planificado mas rápidamente de lo que se presentaría por si solo. (Koselleck, 1979: 259)

Si, como se mencionó, Reinhart Koselleck presentó el cambio mismo del concepto de la historia en términos temporales, ¿por qué no se puede pensar que el concepto de productividad de que habló Frederick Winslow Taylor, en *Principios de administración científica*, escrita al comenzar la vigésima centuria, también debió sufrir diversas modificaciones por parte de los sujetos que posteriormente han acudido a este autor para optimizar el ejercicio de la función administrativa, dentro de las instituciones públicas o privadas y fuera de ellas?

Desde comienzos de la pasada centuria, sin importar las consecuencias de trato humano, algunos estudiosos de la administración interpretaron a Taylor respecto de la productividad como si esta fuera sinónimo de hacer utilidades para la clase empresarial o empleadora. Se puede afirmar que ellos se equivocaron, ya que Taylor propuso que se deberían incluir jornadas de descanso para el logro de la productividad, y así no lo hicieron. Cuando los industriales empezaron a implementar trabajos a destajo y

con jornadas extremas, lo que se logró fue una baja de la productividad de las empresas que implementaron la propuesta de Taylor. Y eso es lo trascendental, porque permite entender que los mal llamados *tayloristas* malinterpretaron la propuesta de este autor.

Los empresarios y los gerentes de las empresas no dieron oportunidad de recuperar energía a su capital humano e impidieron que los sujetos hicieran parte activa del estudio de los tiempos y los movimientos que en un principio desarrolló Taylor, con el fin de mejorar la productividad en beneficio de empleadores y trabajadores, como se diría en términos contemporáneos.

En este estado de cosas, los nuevos tiempos vivieron una propuesta tergiversada de Taylor. Dicho de otra manera, esta no generó un plusvalor, en términos marxistas. Koselleck también se refirió a la historia cuando la relacionó con los hombres de negocios, para quienes es trascendental, en términos históricos, el ejercicio de la planeación como función propia de los sujetos. De esta manera, el autor, apoyándose en Perthes y en términos de historia social, involucra en el proceso histórico a hombres prácticos interesados en definir su futuro:

Desde el punto de vista de la historia social, a la factibilidad de la historia

se remiten algunos grupos activos que quieren imponer algo nuevo. Estar aliados con una historia que se desenvuelve por sí sola y a la que solamente se ayuda a ir adelante, sirve tanto de autojustificación como de amplificador ideológico, a fin de ganarse a los demás y arrastrarlos.

La historia, que en alemán sigue impregnada de un soplo de providencia divina, no se iba a dejar trasponer al ámbito de la factibilidad sin oponer resistencia. Perthes, como editor políticamente activo, vacilaba aún en 1822 a la hora de utilizar ese verbo: quería editar sus publicaciones históricas para los hombres prácticos, para los hombres de negocios, pues son ellos y no los eruditos, los que intervienen en las circunstancias y, por así decirlo, hacen la historia. (Koselleck, 1979: 260)

Sin embargo, aclara Koselleck que los planes siempre van a diferir en cuanto a las ejecuciones, a diferencia de lo que afirmaba Roosevelt, cuando se refirió a que las realizaciones del futuro son las dudas que tenemos en el presente. Nunca —dice Koselleck— el pasado y el futuro llegan a coincidir, por lo que no se debe inferir que una expectativa se pueda deducir de la experiencia, porque el pasado difiere siempre del futuro. Y no es que sean pasado y futuro conceptos contrarios, sino unos modos de ser desiguales que van a definir el tiempo histórico.

Esto es lo que los economistas y administradores tienen claro, ya que desde el primer concepto de planeación, así sea de carácter estratégico, se tiene presente que no constituye camisa de fuerza, ya que el conjunto de variables consideradas en el modelo del plan pueden ser afectadas con el transcurrir del tiempo, o surgir nuevas que afecten planes y programas, lo cual obliga necesariamente a redefinir modelos o planes, mediante los ajustes que requieran, en forma diligente y oportuna.

Por otro lado, en torno al tiempo y a la experiencia, es procedente recurrir al autor Norbert Elias, quien en *Sobre el tiempo* (1997) abordó ambos conceptos de manera clara e integradora, al cambiar los conceptos tradicionales que acerca del tiempo se han tenido en el pasado. En efecto, con su obra Elias rompió con la concepción tradicional del tiempo y lo convirtió en un elemento trascendental de la vida en sociedad. Por este motivo se debe entender el tiempo como innato en el sujeto, que se va a comprender a través de la experiencia humana y, por lo tanto, es propio de la naturaleza humana. Para el efecto podría recurrirse al autor cuando afirma:

En esta confrontación de teorías sobre el tiempo —objetivista y subjetivista— se refleja una de las propiedades esenciales de gnoseología filosófica tradicional. Se supone como algo obvio, la existencia de un

punto de partida universal que se repite de modo permanente, una especie de inicio de conocer. Al parecer, un individuo solitario se enfrenta al mundo, sujeto ante objetos, y comienza a conocer. Entonces se plantea la cuestión de si al formarse las ideas humanas y al colocarse los sucesos en la corriente del tiempo, tienen preeminencia la naturaleza del sujeto o la de los objetos.

[...] el saber humano es el resultado de un largo proceso de aprendizaje de la humanidad que no conoce principio. Sea cual fuere su aportación innovadora, el individuo se apoya en un saber ya existente y lo prolonga; no otra cosa sucede en el saber sobre el tiempo. (Elias, 1997: 14-15)

El profesor Elias va en contra del positivismo histórico tradicional, basado fundamentalmente en la narrativa histórica a favor de las élites dominantes. Es decir, el autor cuestiona la forma tradicional de hacer historia, que se fundamentó en ejes unilineales de carácter cronológico, que estudiaron a los personajes sobresalientes, y descartó el conjunto de interpretaciones sociales de carácter general. Elias propuso reconstruir la historia a través de la sociología del desarrollo, porque el proceso histórico de carácter social no va a darse para mejoras sociales posteriores, porque puede darse un retroceso social en esta concepción. En consecuencia, la sociología del

desarrollo (o de la evolución) es de apertura a procesos que contribuyen o no, de manera significativa, al proceso de la civilización.

Taylor tiene presente una administración en la cual se requiere ejercer la planeación y las demás funciones o procesos administrativos en función del tiempo y con la debida experiencia, tanto de dirigentes empresariales como del capital humano adscrito a la planta de personal de la organización, de conformidad con los estudios que sobre productividad institucional se elaboraron con anterioridad a la ejecución de las tareas, incluso se puede dejar de lado la inspiración de los trabajadores individualmente considerados, con fundamento en el principio de la “subordinación de intereses particulares al interés general”, como posteriormente lo anunció Henry Fayol (1965):

La parte central de este libro pondrá en evidencia que, para hacer ejecutar el trabajo de acuerdo con leyes científicas, la dirección debe estudiar y ejecutar ella misma gran parte del trabajo que ahora se confía a la iniciativa de los obreros; casi todas las operaciones del taller debieran ser precedidas por uno o más actos preparatorios de la dirección que permitan al obrero hacer su trabajo mejor y más rápidamente por sus superiores y recibir de estos la ayuda más cordial, en lugar de ser, por una parte, compelido o forzado por su capataz,

y, por la otra, abandonado a su propia inspiración. (Taylor, 1969: 23)

No se puede llegar a suponer que Taylor pasó por alto que ese mayor valor de los productos logrados a través del trabajo estaría distribuido de manera inequitativa—esto es, el mayor valor de la materia prima como fruto de la transformación desarrollada en ella a través del trabajo—, ya que si bien le favorecía al trabajador, al incrementar su remuneración, no analizó cómo es la distribución de ese mayor valor generado como fruto del trabajo, y entonces no reconoció los resultados que de manera escondida guarda el sistema fabril cuando se utiliza en beneficio de los dueños del capital.

CONCLUSIÓN

Las propuestas de carácter social y humano que ofrecen diversos autores, como Koselleck, Elias y Thompson, divergen de aquellas que se van sólo por la productividad en aras de incrementar la acumulación del capital. Taylor no coincide con Koselleck, en la medida en que no ve la utilidad como fruto del plusvalor, ya que su análisis está centrado en la productividad de la empresa y en la cooperación de patronos a trabajadores, con el fin de contribuir al mejoramiento de su calidad de vida y al incremento de las utilidades de la empresa.

Queda un sabor contradictorio entre los autores marxistas y Taylor, pues este último parece quedarse afincado en el lado del capitalismo, sistema donde se establece, florece y enaltece la propiedad privada para la administración, pero que no solamente se encuentra en la economía capitalista, ya que en la misma Unión Soviética se estableció la agremiación de los administradores.

En conclusión, una vez determinados los conceptos de espacio y tiempo, se puede dejar abierta la posibilidad de investigar sobre procesos epistemológicos del campo de la administración, desde los términos que reclama la ciencia:

1. ¿La propuesta de Taylor editada desde comienzos de la pasada centuria no ha encontrado aún detractores que puedan demostrar históricamente su invalidez?
2. Si las propuestas de F. W. Taylor continúan vigentes, ¿a qué se debe que los investigadores las excluyan de manera displicente? ¿Será desconocimiento o falta de investigación rigurosa en los términos del método científico?
3. ¿Qué variantes o alternativas se pueden encontrar en los detractores de Taylor para contribuir con la práctica y ejercicio de la administración y gerencia en los sectores empresariales?
4. ¿Cómo implementar procesos administrativos diferentes a la

propuesta de Taylor en los nuevos tiempos para que el proceso no sea “deshumanizante” como lo afirmaron autores mediante obras posteriores a la de Taylor?

5. ¿Cómo lograr una administración o gerencia en los nuevos tiempos incluyendo a Taylor como principal protagonista?

Estos y otros cuestionamientos conducen a pensar en las grandes posibilidades del ejercicio de la administración como fundamento trascendental del desarrollo de los sectores empresariales de un país que propende por el bienestar de sus ciudadanos desde la gestión administrativa, empresarial, pública o privada.

REFERENCIAS

- Elias, N. (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- (1997), *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fayol, H. (1969), *Administración industrial y general*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Koselleck, R. (1979), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Crítica.
- (2004), “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, en: *Ayer (Asociación de Historia Contemporánea)*, núm. 53, pp. 27-45. 2004.

- Tompson, E. P. (1984), *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- (1995), *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.
- Taylor, F. W. (1969), *Principios de administración científica*, Buenos Aires, El Ateneo.